

15 de Junio de 1906. Año III. N.º 60.

Atentado contra Sus Majestades

VICTORIA EUGENIA

ALFONSO XIII

En España entera ha producido honda indignación, reflejada por la prensa de todos los matices, el odioso atentado anarquista contra la vida de nuestros augustos soberanos. Jamás estalló tan unánimemente la indignación popular. Jamás aplauso tan espontáneo y sincero volverá á resonar como aquel en que prorrumpió el público, al ver salir ilesos de la destrozada carroza á los augustos desposados.

El feroz anarquista con cuya vida no ha podido pagar su atroz delito, ha venido á probar de una manera siniestra hasta qué extremo el pueblo español ama á sus reyes. La calle Mayor sembrada de muertos y heridos, llena de despojos y de huellas sangrientas, todavía humeante el lugar de la explosión en medio de la general consternación y del azoramiento, un viva unánime y un aplauso atronador saluda la presencia de los reyes al abandonar la destrozada carroza con el semblante emocionado y risueño. Fueron en la carroza de respeto hasta Palacio y seguidos de la muchedumbre que incesantemente les vitoreaba.

Cumplíase un año del atentado de París. La mano providencial que salvó al rey ha salvado esta vez á los augustos desposados.

Si algún augurio, si algún vaticinio puede hacerse, es el de considerar que quien por dos veces y tan milagrosamente se salva, está llamado para grandes destinos. No es posible explicarse de una manera razonable el suceso. En otro lugar damos cuenta detallada de él. El lector sólo podrá, como nosotros, atribuir á milagro la solución.

Un bautismo de fuego y un bautismo de sangre es este que ha seguido al desposorio de nuestros augustos soberanos. Belleza, juventud y esperanza, todo envuelto, en un momento, en un torbellino de sangre y fuego por una mano criminal que consternó y llenó de luto á España entera é hizo afluir las lágrimas á los ojos para ver brillar más refulgente acaso la belleza, la juventud y la esperanza que simbolizan nuestros reyes.

¡Victoria! debió exclamar Su Majestad al amparar con gallarda actitud el cuerpo de su augusta esposa... y victoria, aunque luctuosa, ha sido la de que el criminal no lograra su principal objetivo.

Victoria por la suerte; Victoria por el nombre; Victoria por España entera; Victoria en medio del luto y de la general consternación, cual corresponde siempre á la victoria; Victoria salpicada de sangre, pero Victoria ilesa y radiante; Victoria enlazada al rey; Victoria, augusta soberana de España, ¡que sea vuestro nombre y esta salvación milagrosa un feliz presagio! Victoria augusta, unid el unánime aplauso de bienvenida la modesta, pero calurosa, aclamación de unos buenos españoles

La Redacción.

El anarquista.

No corresponden su fisonomía ni su clase al juicio que de él tiene el público en general. Estos anarquistas de acción, criminales natos en su mayoría, ni suelen tener aspecto feroz, ni maneras rudas ni aun visten desastradamente. Son, por el contrario, jóvenes de aire afeminado, de maneras suaves y de alguna cultura. Esta cultura ha sido frecuentemente su mejor veneno. Claro está que son cerebros dispuestos y organizados para el crimen Hombres blandos para la vida, vencidos de sí mismos. Como todo criminal, obran por cobardía. Intentan destruir la sociedad en que viven, por miedo, por ineptitud para vivir. Estos cobardes se han hecho un concepto del mundo, blando, muelle y afeminado, como corresponde á sus inclinaciones y bajezas.

Son estos seres degenerados como las materias que emplean para sus crímenes; blancuzcos, licuosos y al parecer inofensivos; pero en el fondo llevan su poder de destrucción.

Estos ejecutores del crimen colectivo vienen preparándose con las lecturas nocivas, á ciencia y paciencia de las autoridades como preparan ellos los explosivos en sus laboratorios secretos. Perseguir y evitar la ejecución de sus crímenes, es más difícil que perseguir la preparación lenta de sus lecturas y la pública de sus asambleas.

No hay razón para no permitir en lugar público á los apestados ni las fabricaciones de explosivos y permitir las publicaciones y reuniones de estas clases de gentes peligrosas. Ejérzase con ellos el mayor rigor para alejarlos como se aleja á los apestados. Allí donde á veces no puede llegar la vigilancia, llegan el vigor y la energía.

¿Existe el complot?

En rigor no existe. El complot moral, sí. Son cómplices del anarquista en cada uno de sus hechos todos aquellos que le nutrieron de lecturas de destrucción y todos aquellos que en reuniones y en periódicos alentaron para la destrucción á los hombres que en vez de criminales llaman atrevidos. Complot moral existe; complot material, no. Estos seres repugnantes obran por propio impulso. Un accidente cualquiera de la vida, en ocasiones el más insignificante, les determina á obrar. Son semejantes, como hemos dicho en otra parte, á las materias que emplean: el más simple roce las hace estallar. La vida con el más simple choque determina un impulso criminal. Pero es porque de antemano vienen preparados para estallar, como se preparan sus bombas.

Hay que evitar esta preparación de los hombres antes que esta preparación de las cosas.

***

Puede ocurrir en ocasiones que estos criminales se ayuden; pero no es frecuente, por el temor que tienen á las delaciones. Además, casi todos ellos son taciturnos é impulsivos, cualidades que no les permiten hacer amistades entrañables ni duraderas

Además, suelen creerse estos insensatos rodeados de una aureola de martirio y de un gran afán de notoriedad, que cuidan de no compartir con nadie.

Es distinto el anarquismo de la organización *nihilista* de Rusia, aun cuando los resultados sean idénticos.

No existe complot material, como hemos dicho; pero complot moral, sí: desde la lenidad de los gobernantes hasta la indiferencia pública, todos son cómplices pasivos; y los activos son aquellas lecturas y aquellos *meetings* de que hablábamos antes.

El crimen colectivo y la venganza colectiva.

En ningún crimen se puede disculpar el *lynchamiento* como en este de los crímenes anarquistas. Se trata por estos criminales de matar por matar y caiga quien caiga.

Ha dirigido el atentado contra la muchedumbre y despertando el alma dormida de esta misma muchedumbre, siente cada vez mayores odios y mayores rencores contra esta suerte de criminales. Son frecuentes y peligrosas sus equivocaciones; pero son disculpables, porque obra irreflexivamente. Obra esta muchedumbre en defensa propia. La lástima es que ponga el instinto de defensa sólo en el momento de la acción.

Sería muy cuerdo prepararla para que este odio fuese acompañado de un estado de conciencia que exigiera de los poderes públicos unas enérgicas y permanentes medidas de represión. No es así. Esta misma multitud que no vacila en apalear y arrastrar al primer sospechoso en los momentos que siguen á la perpetración de un delito de esta índole, es la misma multitud que se conmueve por el relato de un periódico contando supuestas torturas y pide el castigo de los agentes de autoridad.

Ayudar á la autoridad entre nosotros, parece cosa depresiva y más gallardo ponerse enfrente de ella. Como consecuencia, donde mayor es la anarquía moral de las conciencias, mayor suele ser la material.

El atentado

Llegaba la comitiva, en medio de vítores y aclamaciones, á la parte de la calle Mayor frente á la calle de San Nicolás. La carroza se encontraba á la altura del núm. 88 de la calle Mayor, cuando se oyó una formidable detonación.

Eran las dos y cuarto de la tarde.

La gente se arremolinó, loca de terror, sin saber ni darse cuenta de lo que hubiera pasado.

Los cuatro troncos de caballos tordos claros que arrastraban el carruaje ocupado por los Reyes, espantáronse, emprendiendo veloz carrera y arrastrando algunos pasos al caballo de varas del lado derecho, que cayó estremeciéndose violentamente y arrojando gran cantidad de sangre.

El cochero, herido también, cayó al suelo desde lo alto del pescante.

Se vió á la reina Victoria asomarse á la ventanilla derecha, sacar el busto fuera y hacer ademanes para tranquilizar á la multitud aterrada.

Por la misma ventanilla, y con evidentes señales de la tremenda impresión que había recibido, se asomó el rey.

Mientras tanto, la Guardia civil llegaba á galope y rodeaba el lugar del atentado.

Los camilleros de la Cruz Roja que habían establecido su puesto en la Capitanía general, se trasladaron inmediatamente al lado de la carroza regia, con objeto de asistir á los heridos

Vióse desde los primeros momentos que éstos eran bastantes y que también había algunos muertos, y tanto los camilleros como los soldados de línea transportáronlos en seguida, á unos á la Capitanía general y á otros á la farmacia militar número 2, establecida en el número 92 de la calle Mayor.

De los conducidos á la farmacia militar, dos soldados del regimiento de Wad Ras núm. 50 estaban muertos, con el pecho, las piernas y la cabeza completamente destrozados; un primer teniente del regimiento, también muerto; dos palafreneros heridos, uno de ellos llamado José Pripaz; el cochero que conducía la carroza regia, herido en el maxilar izquierdo; una niña como de diez y seis años de edad, con las piernas completamente destrozadas; un corneta del indicado regimiento, llamado José García, con erosiones en la región tibial y en los muslos.

La bomba. Fué arrojada desde el piso cuarto de la casa núm. 88.

Inmediatamente después de ocurrir el atentado, la carroza de respeto, que iba delante de la carroza regia, retrocedió algunos pasos y en ella tomaron asiento SS. MM., que fueron objeto de una calurosa ovación por la serenidad que habían demostrado.

La casa núm. 88 y la calle de San Nicolás fueron acordonadas inmediatamente, y la carroza en que iban el rey y la reina emprendió su marcha hacia Palacio, rodeada por la sección montada de Orden público y por la Guardia civil de á caballo

Los cristales de los faroles y los de las portezuelas del lado de la derecha, que es donde iba la reina Victoria, quedaron pulverizados. Los fragmentos cayeron sobre la falda de la reina,

La noticia en Palacio. Desde que la comitiva salió de los Jerónimos, en Palacio se recibían frecuentes noticias dando cuenta de su paso según avanzaba.

A las dos menos cuarto entró en la plaza de la Armería la sección de la Guardia civil.

Entraron después las carrozas de los grandes y las de los príncipes extranjeros.

De pronto se vió que dos caballeros, vestidos de levita y sombrero de copa, atravesaban corriendo la verja de la citada plaza.

Se acercaron al corro que en la puerta principal de Palacio formaban el gobernador, el alcalde, el jefe de Vigilancia y otras personas.

Cambiaron breves palabras é inmediatamente salió á galope tendido un oficial de Artillería y detrás un correo de gabinete.

En Palacio se produjo grandísima alarma.

Todo el mundo comprendía que sucedía algo extraordinario.

La angustia del público y de los príncipes y séquitos que esperaban al pie de la escalera aumentó considerablemente al ver que los Sres. Ruiz Jiménez, Vincenti é Ibarrola emprendían rápida carrera por la plaza de la Armería.

A su encuentro salió el correo de gabinete que regresaba gritando: "¡Los reyes en salvo! ¡Una bomba en la calle Mayor!„

Estas frases corrieron como un reguero de pólvora, por todo el público, y un estremecimiento de terror sobrecogió todos los corazones. El delegado especial del rey, Sr. Acín, y algunos agentes á sus órdenes, corrieron al lugar del suceso.

A las dos y veinticinco entró en la plaza de la Armería la carroza con las infantas doña Isabel y doña Eulalia, el infante D. Carlos y el heredero de la Corona.

El público de las tribunas, balcones y de la calle, agitaba sus pañuelos y gritaba sin cesar: ¡Viva el rey! ¡Vivan los reyes!

S. M. la reina y la princesa Beatriz, muy conmovidas, eran vitoreadas por la muchedumbre que condensaba su sentimiento en la exclamación: ¡Pobres madres!

Al llegar la carroza del rey el entusiasmo se desbordó. D. Alfonso estaba algo pálido, pero tranquilo y sonriente, animaba á la reina Victoria frecuentemente con frases de cariñosa energía.

Escoltando la carroza regia con sus cuerpos, venían sudorosos, jadeantes, el Sr. Moret, el Sr. Aguilera y todos los ayudantes del Cuarto militar, con su jefe, el general Bascaran, que marchaban á pie.

—¿Qué ha sido?—preguntó uno de nuestros redactores al señor Moret.

—Una cosa horrible—respondió el presidente del Consejo con voz trémula—; una bomba en la calle Mayor, á veinte pasos del rey.

Custodiando el coche iban también los caballerizos señores Alvarez de Toledo y conde de Fuenteblanca. Ambos iban heridos: el primero en la cara, que llevaba toda ensangretada, y el último en una pierna, cojeaba marcadamente.

Apunte tomado por nuestro director artístico Sr. Meléndez en el sitio del atentado momentos después de estallar la bomba.

Un palafrenero fué conducido á la farmacia de Palacio, donde se le curaron heridas leves en una pierna y en la mano izquierda.

Al entrar en el gran zaguán de Palacio se produjo un espectáculo indescriptible, emocionante. La reina Victoria, llorosa, conmovidísima, intentaba sonreir al ver el cariñoso y delirante entusiasmo de los militares y clases de Palacio, que salían á su encuentro.

Los reyes fueron recibidos por sus augustas madres, que les abrazaron y besaron.

Iguales demostraciones de cariño se cambiaron con las demás personas reales. Los gritos de ¡viva el rey! ¡vivan los reyes! ¡viva el rey valiente!, eran contestados con delirio. El rey, sereno y sonriente, se dirigió á las personas que tenía más cerca, tranquilizándolas con frases de afecto y agradecimiento.

El gran ramal y el camón de la escalera de Palacio, lleno de damas en traje de corte, de príncipes y princesas, militares de varios ejércitos, sedas, blondas y pedrería, presentaban un aspecto deslumbrador.

Por entre una masa compacta de reales y aristocráticas personas subieron los reyes, en volandas materialmente.

La manifestación de cariño á los reyes y de protesta al mismo tiempo contra el cobarde atentado que había puesto en peligro la vida de D. Alfonso y su augusta esposa, se prolongó más de un cuarto de hora y fué una prueba tan espontánea de adhesión sincera y cariño profundo, que los que la presenciaron no la olvidarán jamás, seguramente.

Las primeras medidas. Pasados los primeros momentos de confusión y personadas las autoridades en el lugar del atentado, adoptáronse severísimas medidas. Las fuerzas de Marina que se hallaban situadas delante de la Capitanía general, auxiliadas por la Guardia civil y por guardias montados del Cuerpo de Seguridad, acordonaron el trozo de la calle Mayor comprendido entre la Capitanía y la casa núm. 84, no dejando pasar a nadie por el referido punto.

En el amplio portalón de la Capitanía, convertido en hospital de sangre, entró el general Sr. Villar y Villate, en unión de sus ayudantes, y el general Aznar, cuya división cubría la carrera en aquel sitio, y ambos generales celebraron una detenida conferencia.

Avisóse por teléfono al Hospital militar y á la Sección de Sanidad militar, y al poco rato y á todo galope llegaron los carros de este último Cuerpo, siendo conducidos al Hospital los heridos cuyo estado lo consentía, y transportados los muertos al Depósito.

A las cinco de la tarde, un tronco de las reales caballerizas transportó á Palacio la carroza de la corona.

El regimiento de Wad-Ras. La jornada fué terriblemente funesta para el regimiento de Wad Ras.

Hecho el recuento de las fuerzas,

se notó la ausencia de 23 individuos, incluyendo á los señores capitán Rasilla y tenientes Reinlein y Prendergast, que quedaron muertos.

El ros del teniente Reinlein está atravesado de parte á parte por un trozo de la bomba.

El autor del atentado. Llegó á esta corte el día 21, y el 22 se instaló en una habitación de la casa número 88 de la calle Mayor, con balcón á la misma calle, por la que pagaba 25 pesetas diarias, sin la comida. Se llamaba Mateo Morral.

Encargó que le comprasen diariamente un ramo de flores, que colocaba en un puchero con agua, que forró con papel de color.

El miércoles dijo que era muy adicto á la Monarquía y que pensaba arrojar flores, manifestándole que esto se hallaba prohibido; pero él insistió, mandando que el jueves le comprasen tres ramos.

La evasión del asesino. De las averiguaciones que las autoridades hicieron sobre el terreno, resulta que don Augusto Benot y doña Sara Roselló, compañeros de hospedaje de Morral, que habían bajado á la puerta de la casa á ver el paso de la comitiva regia y disgustados precisamente con Morral, porque teniendo éste una habitación con vistas á la calle Mayor, ventaja que no reunía la que ellos habitaban, se había negado á facilitarles el balcón, subían asustados después de lo ocurrido en la calle y se encontraron con Morral en la escalera.

—¿Dónde va usted? — le dijeron.—¿No sabe usted lo que pasa?

—Pues á eso voy, á enterarme, porque desde arriba no he podido darme cuenta de nada.

Y Morral siguió bajando, mientras sus compañeros de pupilaje subieron á su habitación.

Indudablemente, el criminal logró ganar la calle.

Desde este momento no se supo más de él.

Las víctimas. Las personas muertas en los balcones de la casa por consecuencia de la explosión, fueron las siguientes:

En el piso cuarto, Eusebio Flores Turbado, que se hallaba en un balcón inmediato al que sirvió á Morral para arrojar la bomba.

En el piso tercero no hubo más que heridos.

En el piso segundo murieron D. José Sola Tejada, de setenta años, y D. Luis Fonseca Calanero, que se encontraban con D. Manuel Dasmet, inquilino de la habitación, que también resultó herido en un brazo. Un hijo de éste, llamado don Mariano, jefe de Artillería, que observaba el paso de la comitiva en otro balcón, también sufrió heridas graves.

En el piso principal murieron la señora marquesa de Tolosa y la niña María del Carmen Ulloa, hija de los condes de Adanero.

Estas se hallaban en los balcones, invitadas por los dueños de la casa, marqueses de Ahumada.

En los balcones del otro principal de la misma casa estaban D. Antonio Prieto y su hija la niña María, que también murieron, como queda dicho.

Además hubo diferentes heridos en otros balcones.

El palafrenero Francisco López falleció en la calle en el momento de la explosión. El otro palafrenero, llamado Basilio, fué conducido en gravísimo estado al hospital de la Princesa, donde falleció á las diez de la noche. También resultó herido el teniente de Caballería Sr. Teiler. Los soldados heridos graves fueron 25. El teniente del Cuerpo de Seguridad, Sr. Monja, resultó gravísimamente herido. También resultaron con heridas graves dos agentes de Seguridad. De éstos, Tomás Oviedo, núm. 493, falleció más tarde. El cochero que guiaba la carroza real, Sr. Tripat, sufrió una herida en la cara.

No se pudo precisar á punto fijo el número de heridos, porque muchos de ellos se curaron en su domicilio.

Datos curiosos. En el Ministerio de la Gobernación se recibió un telegrama procedente del extranjero é interceptado por la autoridad, dirigido á un periódico de Madrid, y diciendo que *El Globo*, de Londres, publicaba una noticia, según la cual un grupo de amigos anarquistas había acordado atentar en Madrid contra la vida del rey Alfonso. También supo el Gobierno que á las cuatro de la tarde del día 31 se sabía ya en París el atentado contra el Rey.

Se trató de averiguar quién había telegrafiado la noticia en esta corte, y se pudo ver que nadie la había telegrafiado antes de esa hora, á menos de hacerlo con clave convenida.

De ser así, sería prueba de que el autor del atentado tenía sus cómplices.

Detención y suicidio del anarquista. Desde las diez de la noche del 1.° del actual empezó á circular en Madrid la noticia de que el autor del bárbaro atentado de la calle Mayor había sido sorprendido, dando lugar la sorpresa á un nuevo crimen, suicidándose después quien lo cometiera.

Resumiremos lo sucedido con los datos aportados desde Torrejón de Ardoz, Alcalá y Guadalajara, con más las referencias oficiales. Por la tarde se presentó en la estación de Torrejón de Ardoz un hombre vestido con blusa y pantalón azules, nuevos, lo mismo que las alpargatas que calzaba.



El anarquista Morral, autor del criminal atentado, después de muerto

En la estación preguntó á una niña á qué hora pasaría el tren para Barcelona, y la muchachilla le dijo que le podía dar las noticias deseadas el jefe de estación.

Entonces el desconocido se puso á pasear por el andén de la estación.

Dando señales de inquietud, volvió á entrar en la estación; se puso á mirar los carteles, y después se sentó, quedándose dormido.

Al despertar volvió á salir del andén y echó á andar hacia el campo, dirigiéndose á un ventorro que hay en el camino de Alcalá y que se llama de los Jaraíces.

Las condiciones del sujeto infundieron sospechas; tenía el bigote recortado; parecía despegársele el traje de jornalero, y luego las prendas de tal, por lo flamantes, inducían á pensar que acababa de ponérselas su portador.

El sospechoso entró en el ventorro y pidió de comer.

Cuantas personas había en el ventorrillo lo tomaron por el autor del sangriento atentado de la calle Mayor.

El fugitivo, notando la curiosidad que había despertado, quiso marchase, y llamó á la esposa del dueño del ventorro, que momentos antes le había servido los manjares, entregándole un duro para que cobrara el gasto hecho.

Le devolvieron cuatro pesetas veinticinco céntimos, y cuan-

do se disponía á salir se presentó en el ventorro un guarda jurado que cuidaba las posesiones que en aquel término posee un hijo del general Sr. Valdés.

Las personas que había en el interior de la casita comunicaron al guarda sus sospechas, aconsejándole que pidiese al extraño sujeto la documentación ó que, por lo menos, identificara su persona y explicara su presencia en aquellos parajes.

El guarda resistióse; pero por fin se decidió á seguir el consejo, y con ánimo resuelto dirigióse hacia el desconocido, entablándose el diálogo siguiente al llegar á una cuesta, donde el guarda detuvo al sospechoso:

—¿Tiene usted documentos?

—No llevo nada—contestó él.

—¿Quién es usted?—volvió á preguntar el guarda.

—¡Qué! ¿Le interesa á usted?—replicó.

—Sí: siga adelante.

Y así continuaron andando poco tiempo.

De improviso, el detenido se volvió contra el guarda jurado, disparándole dos tiros: uno de ellos fué á herirle en el pecho, dejándole muerto en el acto.

Al advertir lo sucedido, los que estaban á distancia en el ventorro se lanzaron á perseguir al criminal, y éste, viéndose perdido, volvió el arma contra sí y se suicidó.

Todo esto ocurrió en el kilómetro 11 de la carretera de Ajalvir á Extremera.

Uno de los primeros en acudir, al oirse las detonaciones, fué el peón caminero Francisco Martínez, el cual tuvo que retirarse prudentemente, pues el agresor, que aun tenía el arma en la mano, le apuntó con intención de hacer fuego.

El arma es una pistola Browing de siete tiros.

En uno de los bolsillos de la americana se le encontró un cargador con siete cápsulas.

El cadáver en Madrid. A las ocho y veinte de la mañana, en el tren correo de Zaragoza, vino en un furgón el cadáver del anarquista Mateo Morral, autor de los tristes sucesos del 31 de Mayo.

En el mismo tren regresaron el jefe de la Sección de Policía de investigaciones, dos inspectores y una pareja de la Guardia civil.

En la estación del Mediodía se hallaba el juez de instrucción militar, D. Luis Burgón, para hacerse cargo del cuerpo del anarquista.

El cadáver fué sacado del furgón y trasladado á la clínica de la estación, desde la que, momentos después, fué llevado á un coche de Sanidad militar que aguardaba á la puerta de la estación. El movimiento de autoridades despertó la curiosidad del público, que pronto se enteró de lo que se trataba, formando un numeroso grupo delante de la estación.

El carruaje se dirigió hacia el hospital del Buen Suceso, establecido en la calle de la Princesa, en el cual quedó depositado el cadáver.

Los encubridores. En los trámites del proceso que se está instruyendo han aparecido varios encubridores, de ellos el más importante es el Sr. Nakens, director de *El Motín*. Dicho señor, en una carta que ha dado á la publicidad, se declara encubridor de Morral y dice poco más ó menos: que el día del atentado se le presentó un hombre que después de exigirle palabra de honor de no revelar lo que iba á comunicarle, le dijo era el autor del atentado contra S S. M M. El Sr. Nakens le protegió y le llevó á casa de un conocido, donde mudó de ropas y partió á media noche.

Tanto el Sr. Nakens como los dueños de la casa donde pernoctó Morral, están procesados.

Estos individuos son muy caracterizados republicanos.

Bombas y más bombas

No se dan punto de reposo los anarquistas en sus trabajos de destrucción y muerte, y cada día que transcurre se observa en ellos mayor actividad, que sus desequilibrados cerebros impulsa.

Por todas partes se encuentran bombas que, ocultadas por ellos indudablemente, las tienen dispuestas para atentados ya preconcebidos; bombas se encuentran en Barcelona, bombas se encuentran en París, y en Rusia no digamos, pues un telegrama de San Petersburgo da la noticia que en la isla de Wassilieff (Neva), se han descubierto varios automóviles llenos de bombas de dinamita y que se cree estaban destinadas á un atentado contra el Zar en uno de sus viajes próximos.

La policía ha descubierto en Ancona un complot de anarquistas, cuyo centro de reunión era la bodega de un peluquero.

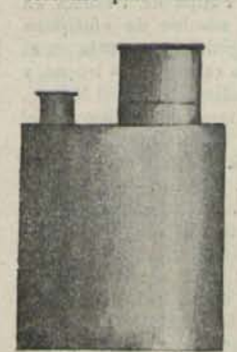
Una noche se presentaron allí inopinadamente los guardias, apoderándose de tres bombas, dos de las cuales estaban ya terminadas por completo y con la mecha preparada.

De los antecedentes recogidos parece que se había organido un atentado contra los reyes de Italia, que el día 24 de mayo se proponían asistir á la inauguración del hospital de Ancona. El gobierno italiano ha aumentado la vigilancia en los centros anarquistas, donde se advierte muy acentuado movimiento, bajo la oculta dirección de Enrique Malatesta, que se ha refugiado en Londres. En Tiblis, también la policía ha descubierto una verdadera fábrica de bombas, encontrando más de 200, casi todas ellas cargadas.

Estos criminales trabajos van pareciendo ya alarmantes, y preciso es que esos Cuerpos de policía trabajen también sin descanso para contrarrestar aquéllos, y no den lugar á que, como en Tiblis, fabriquen en grande escala esas máquinas mortíferas, que para ello necesitan buenos talleres, y éstos no pueden instalarse ni en menos funcionar en *cuchitriles* ni en *escondrijos*, que sea difícil á la policía el dar con ellos.

A mayor abundamiento, el esmero que han puesto en el perfeccionamiento de esas bombas y la variedad de ellas


Bomba rusa de inversion


Bomba rusa de inversion



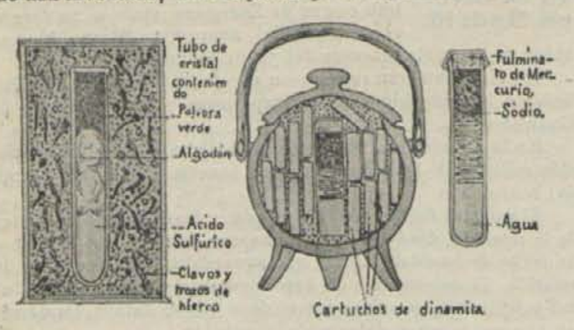


Detonador al fulminato

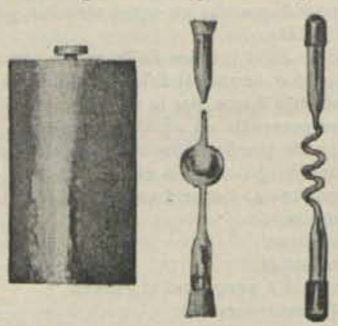

Bomba del Círculo de Oriente en Constantinopla (50 Kg)

Ramo de flores con bomba en su interior

que han inventado, hace suponer que la vigilancia no sea tan exquisita como exige asunto tan importante; estando, por lo tanto, en constante peligro la humanidad entera.



Nuestros grabados representan parte de la gran variedad y sistemas de bombas y máquinas infernales que hasta ahora han inventado para emplearlas en sus criminales atentados.





Bombas anarquistas rusas de inversion (Sodio, materia inerte, agua).

Atentados regios.

El odioso atentado cometido el 31 de mayo anterior en Madrid contra los reyes de España, que ha producido un sentimiento de indignación en todas las conciencias honradas, hace recordar otros sucesos que con él tienen semejanza, ocurridos en Europa durante el siglo XIX.

Bueno será no olvidar que las teorías instigando al regicidio no han tenido su origen en los tiempos liberales, sino que el padre Rivadea fué apologista de Jacobo Clemente, el asesino de Enrique III, y el padre Mariana llamaba hecho memorable al asesinato de un monarca francés.

Debe recordase también que en la misma Inglaterra, la reina Victoria, la abuela de nuestra gentil soberana, fué objeto de distintos atentados.

En 10 de junio de 1840, un hombre llamado Edward Oxford disparó dos tiros de pistola contra el coche de la reina. Poco tiempo después sufrió otros dos atentados, de que fueron autores John Francis y John William Beau, de los que salió también, afortunadamente, ilesa.

Todos esos criminales fueron declarados locos, y pertenecían, sin duda, á esa familia de degenerados que Lombroso ha llamado suicidas indirectos.

De los demás atentados cometidos contra soberanos en el siglo XIX, con uno de los que presenta más analogía el del 31 es con el perpetrado contra Luis Felipe de Francia en 1835, célebre proceso conocido con el nombre de «máquina infernal de Feischi», tentativa de regicidio ejecutada en el momento que el monarca francés pasaba revista á las tropas, y que costó la vida á 19 personas, entre ellas el general Mortoj, el mariscal de campo marqués de Lachasse de Verigny y el coronel Raffé. De este atentado, por la importancia que en la historia tuvo, nos ocuparemos en uno de nuestros números.

Atentado también semejante fué el cometido contra Napoleón III y su esposa, la emperatriz Eugenia, madrina de la encantadora reina Victoria, de que fueron los principales responsables Orsini, Pieri y Rubio.

Al ir á la Opera los emperadores el 9 de enero de 1858, fueron arrojadas dos bombas contra el coche real, matando ó hiriendo á casi todos los caballos de la escolta y causando, según las noticias oficiales, entre muertos y heridos, 150 víctimas, entre ellos 13 lanceros y 11 guardias de París.

Los emperadores entraron en la Opera; pero Napoleón quiso ir á socorrer á los heridos, animándole á ello la noble emperatriz, que, con gran ánimo y valor, exclamó:

—Salgamos. No tengo miedo. Hagámosles ver que no somos cobardes como ellos.

Desde un balcón del piso segundo del número 18 de la avenida de Berlín atentóse en 2 de junio de 1878 contra la vida de Guillermo I de Alemania, que pocos días antes había sido objeto de una tentativa análoga por parte de Max Hædel. El autor de este segundo atentado llamábase Carlos Eduardo Nobilings y era persona de regular posición social, al que habían perturbado el cerebro contrariedades de la vida. El emperador resultó ligeramente herido.

De los atentados perpetrados por la dinamita en el siglo XIX contra soberanos, el único que tuvo fatales consecuencias fué el de Alejandro II de Rusia.

La primera bomba arrojada contra éste al ir al palacio Miguel estalló bajo el coche real, matando á un campesino é hiriendo á dos soldados; pero sin tocar al Zar.

Descendió éste entonces del carruaje, y en aquel mismo momento estalló otra bomba, que fué la que le produjo la muerte.

De otros regicidios y tentativas contra soberanos y jefes de Estado españoles y extranjeros no hacemos mención, por no tener tanta analogía, si bien recordaremos que Caserio, el asesino de Sadi Carnot, se valió también de las flores para ocultar el arma con que arrebató la vida á aquel presidente de la República francesa, modelo de honrados ciudadanos y gobernantes.



Primer teniente D. Antonio Arias.

Este oficial de la Benemérita, fué el que tomó parte tan activa en el importante servicio prestado, sobre el secuestro de D. Francisco Molina, rico propietario de Almódovar del Campo (Ciudad Real), del que nos ocupamos en el número anterior.

El Cuerpo de Prisiones

Por Real orden publicada en la *Gaceta* se dispone.

«1.° Convocar á los inspectores del Cuerpo de Prisiones que opten en el turno de oposición á las plazas vacantes de directores de tercera clase, con sujeción á los programas acordados por la Junta de profesores de la Escuela de Criminología, que se publicarán á la mayor brevedad.

2.° Que se proceda al examen de aptitud de los oficiales ascendidos provisionalmente á inspectores, cuyo examen se sujetará á los programas publicados en la *Gaceta* de 30 de agosto de 1891.

3.° Convocar á examen de ingreso en la Escuela de Criminología á los oficiales provisionales, jefes de Vigilancia y vigilantes del Cuerpo de Prisiones, conforme determina la letra *b* del art. 14 del Real decreto de 12 de marzo de 1903, cuyo examen se ajustará á lo preceptuado en los artículos 18 y 19 del expresado Real decreto, teniendo derecho, por orden de aprobación y categorías, á desempeñar provisionalmente las plazas de inspectores vacantes, según el informe emitido por el Consejo penitenciario en 24 de enero último.

4.° Que los ejercicios de oposición y examen de aptitud se verifiquen en el próximo mes de septiembre ante la Junta de profesores de la Escuela de Criminología, conforme al art. 7.° del Real decreto de 22 de abril de 1903.»

Guardia civil.

Exterminio de una partida de bandidos.

Al tener conocimiento el primer teniente jefe de la línea del Puerto de Santa María (Cádiz), D. Eusebio Salinas Gálvez, de que merodeaba por el término de aquella ciudad y las limítrofes una partida de cinco hombres que á mano armada habían robado á varios arrieros cuanto dinero llevaban, dispuso el servicio conveniente al objeto de capturar á los ladrones, nombrando al efecto á los guardias segundos Francisco Cabrera Moya y Pedro Prieto Hermosín, dando por resultado que á los dos días de incesantes trabajos detuvieran al célebre cabecilla de la partida José Antonio Landero Muriel (a) *Mojita*. El 29 del pasado fué también capturado en Jerez Enrique Gómez Sánchez, de veinticinco años, perteneciente á la cuadrilla del Landero, y al ser detenido hizo importantes manifestaciones denunciando á los restantes de la partida y todos cuantos robos y fechorías habían cometido.

Tanto el teniente Sr. Salinas como los dos guardias Cabrera y Prieto merecen una señalada recompensa, pues con sus trabajos y celo demostrado se ha conseguido, con la captura de los bandidos, que la tranquilidad vuelva á aquellos honrados vecinos, pues era ya tal la alarma en que estaban, que no se determinaban á marchar solos por aquellos caminos.

Secuestrada dos años

Una rica señora viuda, de Nueva York, de ochenta años de edad, Mme. Kelly, ha sido encontrada por la policía, en un departamento donde había sido secuestrada.

Habiendo muerto su marido, á los dos años Mme. Kelly fué á vivir á casa de unos amigos, que lograron persuadirla para que hiciese testamento á su favor. Una vez éstos en posesión del documento, encerraron á la pobre señora en una habitación muy pequeña, donde la dejaron casi morir de hambre y la hicieron sufrir malos tratos.

Un día sus verdugos fueron al teatro, olvidándose de cerrar la puerta de la habitación de la pobre vieja. Esta al apercibirse de ello corrió hacia la ventana y echó á la calle un billete dentro de una pequeña caja, la cual fué cogida por un transeunte y entregada á la policía.

Inmediatamente la autoridad presentóse en la casa, poniendo en salvo á la secuestrada y procediendo contra el matrimonio criminal, que ingresó en la cárcel.

Los bandidos de levita.

Un médico, hombre de posición, que estaba á punto de casarse con una aristocrática y hermosa señorita, ha sido víctima, en París, de una tentativa de *chantage* escandalosísimo, por la calidad de las personas que en él han intervenido.

Su futura cuñada, una señora casada cuyo trato frecuentaba el doctor, se fingió enferma y quiso que el médico la reconociera. En el momento de estarla examinando abrióse la puerta de la alcoba, apareciendo el marido con un revólver en cada mano. Arrojáronse sobre el doctor los esposos, y en un instante nuestro hombre quedó atado, sin poder mover más que el brazo derecho. El agresor sacó del bolsillo un pagaré de 10.000 francos, diciendo al médico:

—O me firma usted esto ó le levanto la tapa de los sesos.

El médico firmó, y después de quitarle la cartera y el dinero le dejaron en libertad. Una vez en la calle, el doctor esperó la salida del que le había desvalijado, haciendole prender por un guardia de la paz, encontrando en su posesión el pagaré, la cartera y los dos revólvers. Excusado es decir que la víctima ha desistido de sus proyectos matrimoniales.

Un aficionado á cárcel. Por insulto á los guardias, condenó el Tribunal del Sena á un mes de cárcel á Eugenio Lemerie. Por lo visto, el condenado, que no tenía medios de vida, se resintió porque el Tribunal había sido tan comedido en la pena, y encarándose con el presidente de la Sala le dijo:

—Yo insulté á los guardias, porque tengo cincuenta años, estoy enfermo y no puedo trabajar.

Presidente.—¿Por qué no va usted al Asilo de Nanterre?

Condenado.—Porque estuve ya y me hacían trabajar, cosa que no entra en mis cálculos.

Presidente.—Tampoco sería mucho el trabajo.

Condenado.—Regular: me hacían limpiar los suelos y mullir los colchones.

Presidente.—Pues la Sala no puede condenarle por ahora más que á un mes de cárcel.

Condenado.—Por Dios, señor presidente. Apriete usted un poco más.

Presidente.—Es el grado máximo de lo que corresponde á su delito.

Condenado.—Lo siento, señor; yo quería que fueran tres ó cuatro meses, por lo menos. Pero ¡qué le vamos á hacer! Paciencia... ¡Yo volveré por aquí!

Y se quedó contrariado y triste, como si le hubieran dejado cesante.

Nota cómica



—En fin, cuando usted asesinó á esa pobre mujer, ¿en qué estado estaba usted?

—Estaba bajo el imperio...

—¿Bajo qué Imperio?

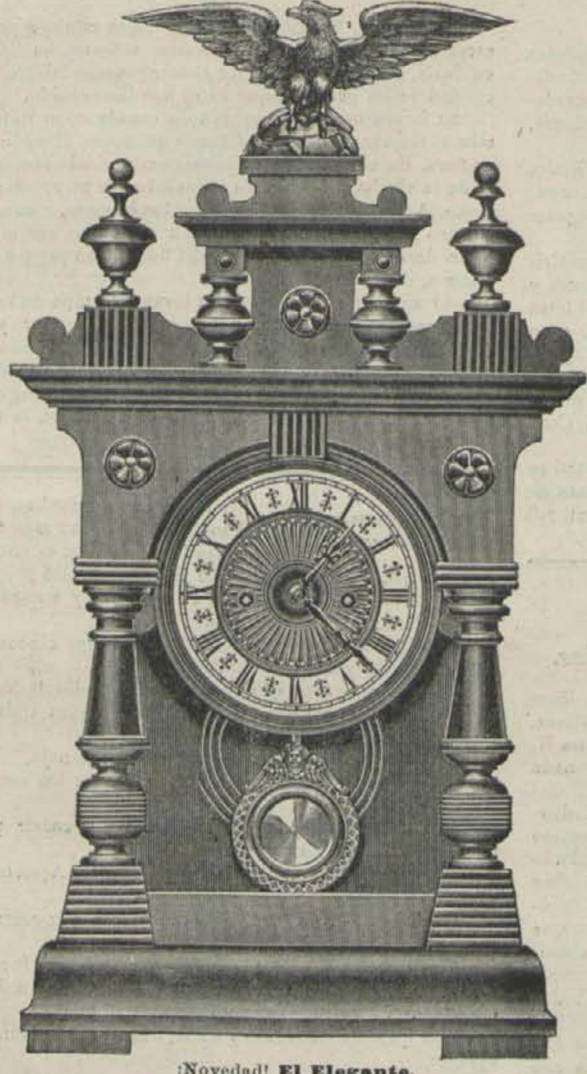
—Desgraciadamente, era bajo el imperio... de la bebida, señor.

Por exceso de original no hemos podido continuar en este número MISTERIOS DE LA INQUISICIÓN y las AVENTURAS DE UN LADRÓN DE ALTO COPETE: continuaremos publicándolas en los números sucesivos.

Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY

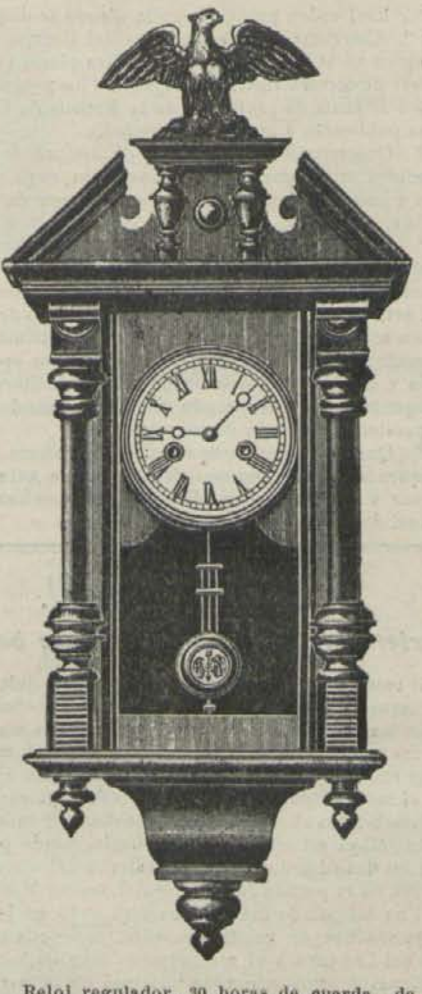
Fuencarral, 59.—Madrid.



¡Novedad! **El Elegante.**

Magnífico reloj de sobremesa; altura, 60 centímetros; madera chapeada nogal; buena máquina, 30 horas cuerda; sonería de horas y medias, con despertador muy fuerte.—**36 pesetas**, franco de porte y embalaje.

En 5 plazos mensuales.



Reloj regulador, 30 horas de cuerda, de doble maquinaria; una especial para despertador, máquina superior: dos campanas, timbre fuerte por despertador. Caja chapeada de nogal, **30 pesetas**.

En 4 plazos.

EL ESPECIAL

Reloj-cronómetro para los Cuerpos de Guardia civil y Carabineros.



Este hermoso ejemplar que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores, es un magnífico reloj construído expresamente para Guardia civil y Carabineros. En su elegante esfera lleva la inscripción del Cuerpo y el dorso—que nuestro cliché reproduce—es el real escudo, esmaltado con los colores nacionales y aplicaciones doradas. El reloj **Especial** tiene una marcha perfecta, está montado sobre rubíes y su perfecto ajuste le hace refractario á la humedad. Su precio de fábrica es 50 pesetas. Los individuos de Guardia civil y Carabineros pueden adquirirlo por **40, pagaderas en cinco plazos mensuales.**

Los pedidos al Sr. Thierry, Fuencarral, 59, Madrid.

NOTA. Este reloj es de una sola tapa y el grabado representa *la parte posterior.*

Dicho reloj es un poquito mayor que el representado en este grabado.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó atrasos en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.